

EL VIOLONCHELO

1º premio:

Elisa Sánchez Coronado

Quintanar de la Orden (Toledo)

-Tengo el alma rota.

El anciano repetía esas palabras cada día. Mientras le daban de comer, cuando lo llevaban al baño, cada vez que paseaba por el jardín. Era un hombre huraño y arisco. Yo llevaba acudiendo a la Residencia un par de meses como trabajadora social y lo único que me habían dicho de él es que se llamaba José, que vivía allí con su mujer, que había sido músico en una importante orquesta sinfónica y que guardaba celosamente como única posesión, un viejo violonchelo que ya nunca tocaba. Me conmovía su negativa a hablar y durante aquellos días no dejaba de preguntarme a mí misma la posible razón por la que no paraba de pronunciar esa frase.

Aquel día era festivo y el matrimonio tomaba los primeros rayos del sol de un cálido mes de marzo. Se les veía especialmente unidos en su mundo, parco en palabras pero rico en gestos solícitos y llenos de intención. Me acerqué a ellos.

-Buenos días José. ¿Qué tal está usted hoy?

-Tengo el alma rota-. Me respondió encogiéndose de hombros. Azucena, su mujer, se acercó a él cogiéndole de la mano y con una mirada perdida exclamó:

-Vamos hijo mío que llegas tarde al colegio.

La desolación se apoderó de aquel instante y sentí un profundo afecto por aquel matrimonio que se mantenía unido desafiando al tiempo y a la pérdida inexorable de la identidad de sus recuerdos. Me hice la firme promesa de brindarles más dedicación y apoyo y de conseguir que el anciano venciera su negativa a pronunciar una frase distinta a la que le oíamos decir a cada momento.

Al día siguiente, de camino a la Residencia me encontré con una antigua amiga de la infancia. La recordaba con su violonchelo siempre a la espalda y así iba aquel día, pegada a su instrumento como si fuese una parte más de su propio cuerpo. Se dirigía al conservatorio en donde ejercía su amor por la música impartiendo clases.

-Llevas toda tu vida con tu violonchelo a cuestas- reí con ella.

-Voy a tener que deshacerme de él – dijo angustiada-, tiene el alma rota.

Me miró advertida por el impacto que produjo en mí la frase.

-¿Qué quiere decir eso? ¿A qué te refieres? -le pregunté precipitadamente.

Mi amiga sonrió y me explicó que el alma era una pequeña pieza de madera que no sólo añadía soporte y estructura a un violonchelo sino que influía en los armónicos de todas las piezas del instrumento.

-¿Y qué sucede si se rompe esa pieza?-. Pregunté.

-El alma afecta en gran medida al sonido del violonchelo. Sin ella, el sonido suena plano y débil y la cadencia de los acordes pierden definición. Podría decirse que el alma es la esencia de las notas. En caso de rotura la pieza se puede reemplazar pero nunca es tarea fácil.

La acompañé hasta el conservatorio hablándole de José y Azucena y agradeciéndole enormemente su ayuda.

Cuando llegué a la residencia con la pequeña pieza a José se le abrieron los ojos. Su asombro dio paso a una gratitud desmesurada. Parecía que le había devuelto la vida y algo en él resucitó.

-Ajústala a tu viejo violonchelo José. Quiero que lo toques para mi.

Aquella tarde todo el mundo se preparó para el concierto. Residentes y personal se reunieron en el salón de actos del centro. Al lado de José, Azucena, a la que alguien había vestido con sus mejores galas. Los acordes comenzaron como un leve murmullo y la música nos envolvió a los allí presentes, llenando el espacio de magia, fascinación y embrujo. Y fue entonces cuando ocurrió el milagro. A los ojos de Azucena asomó una mirada distinta. Su expresión cobró un matiz lleno de vida y mirando a su esposo musito:

-¡José, eres tú!

El anciano siguió tocando, mirando a su esposa y encontrando en su nueva mirada un camino escondido, unas alas nuevas que le llevaban a una vida llena de recuerdos, de momentos y de nuevos acordes que inventar. Y yo deseé que nunca, jamás, José volviera a tener el alma rota.